

una turba de enanos, y blandiendo reluciente espada con la que pensaba allanar la fortaleza, y después cortar con sus acerados filos á toda la aguerrida guarnición, olvidando el insensato que, por muy bien templada que esté una espada, si choca contra un muro, cuanto con más furia se acometa más pronto salta hecha mil pedazos.

En vano los impíos afilan y templan sus espadas para acometer contra la secular é incommovible roca de la verdad católica.



§ II

VI

Solución de la objeción hecha á la actividad del alma humana, tomada de los principios de la conservación de la energía y de la materia.

RESEÑADAS ya las principales diferencias existentes entre la fuerza anímica y las fuerzas físicas de la naturaleza, por las cuales resulta claro como la luz del mediodía y visible para todos los que no tengan enfermos los ojos que distan *toto cælo* la una de las otras, y la imposibilidad absoluta de confundirlas, á no querer ir contra la evidencia, voy á exponer una dificultad muy traída y llevada por los heterodoxos y que conceptúo digna de espe-

cial estudio, porque la inmensa mayoría de las que en esta materia suelen presentarse por los anticatólicos, si he de llamarlas por su verdadero nombre, son sencillamente *sandeces*, y no hay para qué decir que el que las toma como dogmas científicos es un *sandio*.

Aquí me figuro al lector admirado de mi atrevimiento al llamar *sandios* á los que creen y propalan á todos los vientos herejías ataviadas con relumbrones científicos y blasfemias horrendas, embozadas con la asendereada capa de «*la ciencia lo dice*»; porque á tal extremo hemos llegado, y es tal el frenesí de la sociedad presente, que el que quiera pasar plaza de sabio y recibir los honores de pensador, no tiene más que decir muchos y muy peregrinos disparates, de aquellos que, por lo monstruosos, á nadie se le habían ocurrido, y poseer osadía suficiente para predicarlos desde los lugares más altos y visibles y para escribirlos en papeles leídos por muchos, y un día y otro día; porque al fin llegarán á hacer mella

en esa turbamulta de los que leen y aun *escriben* y no piensan; y si con los disparates llega á barajar cuatro nombres extranjeros y cuatro términos científicos, ¡ah! entonces puede tener por seguro que el respeto llega á la admiración y al entusiasmo en la *reata* (así, en castellano) de aquellos que forman el único número infinito. Y aquí podría comenzar á citar nombres propios en casi todos los ramos del humano saber. ¿Pero á qué perder tiempo, si sin darse cuenta vienen á la mente del lector?

En fuerza de esta mi convicción obro, y de ahí el que califique, sin cobardes miramientos, de *sandios*, aquellos que dicen *sandeces*, no por un *lapsus calami*, sino con pleno conocimiento y deliberación de lo que hacen. Pongo por ejemplo, el argumento de Moleschott: «sin fósforo no hay pensamiento; luego el fósforo es la causa del pensamiento»; y el otro de Carlos Vogt: «el cerebro segrega el pensamiento, como el hígado la bilis y los riñones la orina», son sencillamente y en buen cas-

tellano *sandeces*, y por lo tanto no creo faltar en nada al designarlos con el vocablo existente en el diccionario apropiado al caso presente.

Voy, no á refutar, pues no merecen los honores de la refutación, á hacer ver que los dos citados aforismos materialistas son verdaderas *simplezas* que deshonran á los que por primera vez las profirieron y á los que con elogio todavía las toman en la boca.

Supongamos que se está haciendo la autopsia del cadáver de un hombre que, minutos después de espléndido banquete, se levanta la tapa de los sesos, por médicos peritísimos en materias quirúrgicas rodeados de varios curiosos; y que al abrir la jaula torácica y ver el estómago con los alimentos, tal cual fueron introducidos, sin señal alguna de digestión, uno de los circunstantes, dándose un golpe en la frente, y como quien sale de un error por la evidencia de un hecho, dijese: «Toma, ahora me lo explico yo todo; el órgano de

la digestión son los sesos; pues desde el momento en que saltaron de la cabeza del desgraciado, la digestión no existe y estómago no le falta.» ¿Cómo calificaríamos al que así discurriese? Por mi parte me fijaría en los ademanes y todo su continente, por si barruntaba, por el extravío de la mirada ú otra causa análoga, señales de locura, y, en caso de no encontrarlos, le calificaría de *mentecato*, ya fuese un criado, cuya instrucción se redujese á la que puede recibirse fregando pisos, sentado en el pescante de un coche ó corriendo por las calles de una población, ya fuese el más encopetado de los médicos, Doctor por las Universidades de Madrid, París y Berlín, y miembro y aun Presidente de todas las Academias y Ateneos, Liceos, etc., habidos y por haber. Pues bien, con la misma razón diría este sandio que los sesos eran la causa de la digestión, porque sin ellos ésta no existía, que Moleschott dice que el fósforo es la causa del pensamiento, porque sin él no existe.

Lo de que el cerebro segregue el pensamiento, como el hígado la bilis y los riñones la orina, es tan descomunal disparate é indica tan crasa ignorancia de la fisiología en su autor, que hasta los mismos materialistas se avergüenzan de tan vulgar idiotismo y tratan de explicarlo diciendo que no debe tomarse tal cual suena y el rigor científico aconseja, sino como un símil material en demasía. Pero en vano se esfuerzan en dar explicaciones cuando la mente del autor se conoce con evidencia. El suponer que el pensamiento es una secreción del cerebro, es suponer que las ideas entran envueltas con los alimentos y antes de llegar al cerebro se han digerido en el estómago, de lo cual se infiere que la sociedad ha sido muy necia al coronar con los laureles de la fama á los sabios y artistas y en conservarnos sus sublimes producciones: á los cocineros de Platón, San Agustín, Santo Tomás, Dante, Murillo, Beethoven, etc., era á quien se debía venerar hoy como á los dioses de

las ciencias y de las artes, pues supieron condimentar tales guisos que entre ellos entraron los grandiosos conceptos é inspiraciones sublimes que los cerebros de sus amos se encargaron después de segregar.

Es más, la única *ciencia* importante, dado el monstruoso supuesto de Carlos Vogt, sería la culinaria, puesto que de ella dependerían todos los progresos científicos de la humanidad, y el mayor de los descubrimientos históricos sería el averiguar la clase de alimentación y la manera de aderezarla, tanto de los grandes genios que se registran en la historia, como del número *infinito* de los necios en quienes nadie se fija, para adoptar y prescribir la primera y prohibir estrictamente la segunda en todos los países amantes de los esplendores de la civilización. Y, francamente, muy perniciosa debe de ser la alimentación presente, cuando son tan pocos los cerebros que segregan obras artísticas y científicas dignas del bronce y del oro, mientras se encuentran millones que se-

grecan *majaderías y sandeces...* Mas no demos importancia á lo que de suyo no la tiene y vamos á exponer la única dificultad científica existente en la materia y dar la solución que más nos satisface.

«En el mundo hay una cantidad fija y determinada de fuerza y de materia que se halla distribuída en los espacios en virtud de leyes físicas y por ende fijas é invariables; de la mutua accion de unas sobre las otras, resulta la armonía y concierto del universo entero; si en alguno de los puntos del espacio hubiera aumento ó disminución de materia ó de fuerza, la armonía y concierto de los mundos se habría roto, así como para convertir la sinfonía más acabada en desapacible murga basta que un instrumento dé las notas más altas ó más bajas de lo que debe. Por lo tanto, si el alma humana fuese una fuerza distinta de las demás de la naturaleza y no procediese de ellas, siempre que un hombre viniese al mundo, habría un aumento de fuerza en nuestro globo, y

siempre que un individuo abandonase este mundo, habría una disminución, y, por consiguiente, el orden que se advierte en la naturaleza sería imposible.»

Creo haber presentado la objeción con toda su fuerza, y se me antoja, quizá con falta de modestia, que hasta con mayor relieve que el que acostumbran darle los materialistas. Sin perjuicio de resolver luego la dificultad suponiendo verdaderas las premisas, pues me he propuesto conceder los honores de verdaderas teorías á lo que no pasa de meras hipótesis, á mayor abundamiento quiero de pasada hacer algunas observaciones sobre el particular.

Lo de que las leyes físicas sean fijas é invariables debe entenderse bien, para no deducir de esta afirmación consecuencias muy ajenas á ella, como el negar la posibilidad de los milagros y la que al presente nos ocupa. Sólo son fijas é invariables las leyes físicas en el sentido de que se cumplirán mientras una fuerza extraña á ello no se oponga. Ley física es que la pie-

dra se mueva hacia el centro de la tierra si se le quita el punto de apoyo, y se verifica siempre que una fuerza superior no lo impida; verbigracia, cuando un niño la coloca en la honda y la lanza á lo alto, mientras va subiendo por los aires la ley no se cumple. Ley física es que la luz se propaga en todos sentidos, es decir, que si ponemos una luz en medio de una habitación cuadrada, todas las paredes queden igualmente iluminadas, pero si un individuo pone una pantalla á un lado cualquiera de ella, la ley deja de cumplirse mientras no desaparezca el tropiezo puesto á la propagación de los rayos luminosos. Ley física es que un péndulo puesto en movimiento oscilatorio, vaya perdiendo constantemente en amplitud el ángulo formado por dos de sus posiciones extremas, y que al cabo de algún tiempo quede en reposo, debido á los roces; pero esta ley deja de cumplirse en el momento en que se le añade una nueva fuerza distinta de la de oscilación, por ejemplo, los empujes suaves de

un niño que se pone á jugar con él, solazándose en verle oscilar. De aquí que cuando se quiere hacer experimentos acerca de una ley física, es preciso colocarse en condiciones tales que no puedan causas extrañas perturbar los fenómenos.

Luego la invariabilidad y fijeza de las leyes físicas es condicional, y hasta tal punto, que no sólo la omnipotencia del Creador, sino también la *debilidad* de la criatura puede suspender sus efectos. No concibo cómo ha habido y hay quien niegue la posibilidad de la intervención de Dios en la naturaleza por la invariabilidad de las leyes físicas. Si un hombre se desprende de lo alto de una torre, en virtud de la gravedad se estrellará contra el suelo; mas si desde una de las ventanas de la torre, un individuo, con fuerzas de titán, sacase los brazos y en ellos le detuviese, la ley de la gravedad habría dejado de cumplirse en este caso. Ahora bien, si en vez de los robustos y forzudos brazos del titán hubieran sido los invisibles de la omnipo-

tencia de Dios, tendríamos un milagro. ¿Y habrá todavía quién, teniendo ojos en la cara y una chispita de luz en la inteligencia, se atreva negar la posibilidad de los milagros y la intervención del Creador en las criaturas?

Acerca de que, si en algunos de los puntos del espacio hay aumento ó disminución de materia ó de fuerza, ya por eso se haya roto la armonía de los mundos, no creo puede afirmarse tan en general y sin restricción alguna. El mismo símil puesto para dar plasticidad y relieve á la idea podemos utilizarlo para demostrar su falsedad. Cierito que una sinfonía pasa á ser conjunto de sonidos insoportables con que uno ó varios instrumentos den más altas ó más bajas las notas de lo que les corresponde, pero también es cierto que una sinfonía, sin dejar de serlo, admite aumento y disminución de instrumentos, sustitución de unos por otros, y, con el mismo canto, acompañamientos distintos; es claro que, si se hacen variaciones en la instrumenta-

ción de la sinfonía, dejará de ser la misma, pero no por eso se verá privada del carácter general de sinfonía y de música armoniosa y agradable al oído, á no ser que los cambios se hagan á tontas y á bobas por mano inexperta en materias musicales.

Y aplicando el símil á la armonía de los mundos puede perfectamente aumentarse ó disminuirse la materia y la fuerza en uno ó varios de ellos, sin que dejen de formar conjunto harmónico, aunque distinto del anterior, sobre todo, siendo la sabiduría infinita del Creador la encargada de introducir las modificaciones.

Pero nada; quiero ser complaciente con los materialistas, dándoles de barato que no se puede en la naturaleza aumentar ni disminuir la materia y la fuerza en ella existentes, y aun así, nada podrán lógicamente deducir en contra de la espiritualidad y actividad del alma humana.

El alma humana ni es materia ni fuerza física; es una substancia á la que ni la ley

de la gravedad encadena, ni en ella aparecen fenómenos térmicos, lumínicos y magnéticos, ni por ella circulan corrientes eléctricas, ni se gasta con el uso; en una palabra, es cosa, como ya se ha demostrado, completamente distinta de todas las fuerzas físicas. Es un ser, no obstante, dotado de fuerza, pero de otro orden superior, que no es componente del sistema de fuerzas que impulsa á los seres materiales del universo, y, por lo tanto, este sistema en nada se altera aunque aparezcan y desaparezcan á millares esas fuerzas con las que nada tiene que ver.

A granel pueden citarse ejemplos de sistemas independientes de fuerzas, que, por lo mismo, en nada influyen unos en otros. Supongamos que un buque de guerra se hace á la mar llevando á bordo un batallón de cuatrocientas plazas. La gravedad, la resistencia del agua á ser cortada, la acción de las olas, el empuje de los vientos y la tensión del vapor, con otras fuerzas de menor cuantía, forman un sistema

cuya resultante es el movimiento del buque. Dentro, é independiente de éste, existe un número considerable de fuerzas que en nada influyen en el principal que conduce al buque á otras playas. Si, para *matar el tiempo ó hacerlo*, se pone parte de la oficialidad á jugar al billar, los tacazos más ó menos fuertes, y que las bolas corran ó dejen de correr, en nada modifican la velocidad y dirección del buque; si la banda comienza á ejecutar una pieza musical, si varios pasan el rato haciendo esgrima, y otros paseándose por cubierta, y otros se retiran al camarote á pagar el tributo debido á Morfeo, etc..., como todos estos son sistemas independientes entre sí y del principal, no hay entre ellos mutua influencia alguna.

El buque, con el movimiento resultante de las fuerzas antes referidas, es el universo con el movimiento originado por el sistema compuesto de las fuerzas físicas de la naturaleza, y así como dentro del buque van otras fuerzas formando sistemas inde-